



AÑO XVII

MADRID 14 DE FEBRERO DE 1899

NÚM. 6.º

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid 6 pesetas trimestre.— En Provincias españolas 8.— Repúblicas americanas, en la capital, 8 pesos trimestre.— Estados, Provincias ó Departamentos 4'50 trimestre.— Número suelto 1 peseta

Redacción y Administración

CALLE DE SAN MARCOS, 3, BAJO

CONDICIONES

Est. ilustración se publica los días 7, 14, 22 y 30, dándose también figurines.— Suscripción adelantada.



EXCMO. SEÑOR GRAL. D. JULIO A. ROCA
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

DOS BELLEZAS
Y COSAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

.....
Mon cœur est tou de peine.

Paul Verlaine.



STROY triste. Necesito calmar este mi afán tan hondo. ¡Si he perdido á mi madre, esa mujer exquisita, privilegiada, que era para mí algo más que una madre: un confidente amable, un confesor indulgente, un puerto seguro en la hora fatal de las borrascas, excelsa amiga, ella sí era fiel! Escribo, pues, para distraerme y para aclarar un punto histórico algo turbio.

* *

La Epoca, de Madrid, ha escrito (lo he venido á saber por *La Nación*, de Buenos Aires, que reproduce íntegro el bonito artículo, suscrito G.):

«En la historia de María Bushental, historia que no está escrita y que es lástima que se desvanezca en el olvido, hay una página que ella misma procuraba que no trascendiera ni aun en el círculo de los más íntimos de su amistad; las causas *mujeriles*, esencialmente *mujeriles*, que la hicieron proscibirse de su patria, Buenos Aires (1), y trasladarse á Europa, estableciéndose resueltamente en Madrid.»

.....
Y continúa:

«Con todas las prendas superiores que á aquella dama adornaban; con todos los prestigios de su belleza, de su juventud, de su elegancia, de su distinción y de su gran mundo, María Bushental, desde su cuna, había adolecido de un defecto á que nunca pudo hacerse superior: la pasión de la emulación y la rivalidad.»

.....
Luego sigue diciendo:

«Esta emulación era puramente ideal y la misma Reina, que contó á María Bushental entre sus amigas, si á una Reina está concedido poder abrigar los afectos de la amistad, nunca se enteró de la pasión de rivalidad que despertaba en aquella dama, que había hecho de nuestra corte su segunda patria, y en la que sembraba los dones de su opulencia.

«La proscripción de María Bushental de Buenos Aires, aquella proscripción cuyo móvil recóndito quedó siempre en secreto, fué otra rivalidad semejante. La rival argentina fué la señora Agustina de Ortiz de Rozas y López, de Mansilla, hermana del famoso dictador Rozas, mujer del general Mansilla la primera hermosa de las orillas del Plata, la mujer más elegante y fastuosa de toda América, y que al imperio de su elegancia y de su hermosura unía los rasgos del orgullo de sangre y cuna castellana, que hicieron de ella el tipo más saliente y prestigioso de su tiempo y de su patria, y á quien en el pueblo argentino le estaban rendidos todos los tributos del afecto y de la admiración.

«Esta señora ha muerto en Buenos Aires, ra-

(1) María Bushental nació en el Brasil y no en la República Argentina. — *N. del A.*

»yana de los noventa años (1), el día 30 del pasado Agosto; y con motivo de su muerte, se han exhumado todos los recuerdos de los días en que fué tan absoluto su imperio mujeril en la sociedad argentina, como en el terreno político el de su hermano el dictador, que ha dejado la reputación de tirano á la altura de los más visibles déspotas de la historia.

«Rubén Darío, el genial escritor de Nicaragua, injerto en argentino por haber adoptado la ciudad del Plata, no sólo como patria, sino como teatro de sus triunfos literarios, ha escrito un artículo característico, como todos los suyos, sobre la hermosa rival de nuestra María Bushental, exaltando en ella el tipo de base indígena con injerto europeo, que formó aquel modelo especial, que se mejora y purifica con el tiempo, pero que señala su origen remoto,

«Doña Agustina de Rozas, de principal alcurnia, poseía todo el orgullo de las infanzonas y ricas hembras de la vieja España: la distinción *inconfundible*, la suprema imposición de su linaje de siglos, todo aquel conjunto de prendas con que se nace, y que no dan ni los encumbramientos ni la fortuna. Su altivez, dice Darío, se le notaba en el gesto, é irradiaba á cada movimiento, como la faceta en la gema de la joya. El la conoció teniendo la ilustre señora más de ochenta años, y al verla no pudo menos de decir, por las noticias que tenía sobre su carácter:—*Esta es aquella*—y aún á tan avanzada edad, todavía le parece que habría sido incierto el juicio de París: ¡*A la más hermosa!*»

* *

Todo esto es verdad, excepto lo que más adelante se verá.

Es verdad que María Bushental era bella, y asimismo que Agustina de Rozas de Mansilla era bellísima.

Yo mismo, su hijo, que debía estar familiarizado con el fenómeno, solía quedarme absorto mirándola, y me decía interiormente: ¡Que cabeza soberana! Diríase Juno sin altivez ni malas pasiones—tantas eran su donosura y su caridad singulares.

Y para comprobarlo, si necesario fuere, y ya que, como dicen los letrados, lo que abunda no daña, he aquí lo que en su libro *Mis memorias íntimas* escribe el teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorria, (tomo I, pág. 230, Madrid, 1886):

«Veíase en raras ocasiones á esta parte de la sociedad en los paseos, y menos en los teatros, muy decaídos entonces (1835), pero bastante frecuentados ya por las clases del comercio y por las familias pertenecientes á la industria y á la alta banca. En aquella época se presentó en Madrid una dama de deslumbradora hermosura y de atractivos singulares por su elegancia, su amabilidad y su talento, que parecía habernos enviado América para rivalzar con Europa. Me refiero á madama de Bushental. Su casa fué muy pronto el punto de cita de una sociedad selecta, donde se mezclaban la aristocracia, la política, las artes y la industria, como en campo neutral abierto á todas las ideas y opiniones.

(1) Falleció á los ochenta y tres años no cumplidos. — (*N. del A.*)

rodia sus gestos y sus actos, interponiéndose entre su modo de ser aparente y su pensar y su sentir recónditos.

La sonrisa, en los más, es un *ricтус* doloroso; la alegría, es un esfuerzo supremo no siempre triunfante, para ocultar el *te-lum vitae*, sentimiento de todas las épocas, pero cuyo desarrollo completo sólo ha podido estudiarlo la filosofía moderna; las palabras altisonantes de justicia, derecho, libertad, igualdad, democracia, honor, civismo, repetidas constantemente, se pierden como campanadas en el desierto; cuarenta siglos de cultura, de no interrumpidos esfuerzos, de marchas y contramarchas, de luchas y victorias en el camino del progreso, no han podido darnos si no este equilibrio inestable de fuerzas sociales, esta serie de convenciones, esta civilización que lo mitifica todo y que contraría, burla y desnaturaliza la índole del hombre *Nessun maggior dolore...*

Consideremos la orgía social, la orgía política, estas dos grandes orgías mansas, en que sentimientos é ideas sirven para mantener un comercio ilícito y un vergonzoso contrabando. Ved al político en su trampolín; al ciudadano particular en el ejercicio de su representación; observad en ellos, con leves excepciones, el mismo espíritu de falacia, el mismo aire histriónico, la misma actitud de acecho. No creen en nada, y aparentan creerlo todo; están convencidos de la ineficacia de las ponderadas reformas políticas y sociales, y esto no obstante, pregonan sus excelencias; enturbian los manantiales de salud moral, corrompen los conceptos primarios y siguen diciendo, á pesar de todo, que el mundo actual es bueno, que el orden presente es óptimo.

Si pudieran ser sinceros, dirían que este mundo no pertenece á Fenelón, sino á Machiavelo y á Talleyrand; Fenelón, convirtiéndose en oráculo de la noble filosofía cristiana, aseveraba cómo sólo merece ser estimado el hombre que no se sirve de la palabra sino para el pensamiento, y del pensamiento para la verdad y la virtud; Talleyrand y Machiavelo han acreditado la máxima contraria, ó sea: La palabra nos ha sido dada para disimular el pensamiento. El sentido de nuestra cultura se aproxima mucho más á la doctrina del autor de *El Príncipe* que no á la del autor de *El Telémaco* y aquel delicado espíritu florentino, profundamente excéptico y burlón, palpita en el seno de nuestro Carnaval, del eterno Carnaval mundano.

Al llegar estos días, en que la moda impulsó el disfraz y la moda misma lo ha ido desterrando por innecesario y anacrónico, casi echamos de menos la franqueza de los tiempos clásicos, que permitían cubrirse de cuando en cuando el rostro para hacer la farsa, y nos sentimos tentados de gritar á los farsantes incansables, á los sico-fantes de nuestra civilización:

¡Abajo las caretas!

F. GONZÁLEZ DÍAZ.



»Aún creo yo que fué éste el primer salón de tal carácter cuyas puertas franquearon el paso en Madrid para confundirlos á estos elementos, hasta entonces sistemáticamente separados, inaugurando la fisonomía especial que ahora distingue á la sociedad contemporánea.

»Debo también á Bushental, al amigo querido por quien tantos afectos alimenté, un recuerdo en estas *Mis memorias*. Hasta su llegada no se conoció en Madrid al prototipo del hombre de negocios original, trabajador, incansable, de actividad febril y fecunda para los adelantos y progresos materiales del país. A él se deben las grandes empresas, las grandes iniciativas industriales y mercantiles que otros siguieron después como continuadores suyos, enriqueciendo, aumentando la fortuna pública. Como detalle en verdad insignificante, pero que causó mucha impresión en Madrid variando el anticuado aspecto de sus calles, citaré la desaparición del prosaico calesín, debida á su iniciativa, y su sustitución por las confortables berlinas de alquiler, que entonces nos parecieron un exceso de comodidad y de elegancia. De aquella época arranca la generalización del paseo de coches en el Prado. Los salones abiertos, desde entonces, de madame de Bushental, á quien ya tratábamos con el familiar cariñoso nombre de *María*, no se han cerrado nunca. Muchos años después de la fecha á que aludo, y por vicisitudes de la política, que hicieron á Bushental perder y adquirir de nuevo la fortuna, cuyos secretos conocía como nadie, tuve ocasión de abrazarlo en Madrid tras larga estancia en América y pocos meses antes de su muerte. En su casa volvimos á encontrarnos Salamanca, Serrano, Prim y tantos otros: todos habíamos envejecido excepto la sin par *María*, que, joven siempre, cariñosa y sociable como ninguna, mantenía su salón como lo mantiene ahora, rodeada de ilustres amigos que no la abandonan nunca y que jamás han sido abandonados por ella.

* * *

Lo que no es verdad histórica es que *María Bushental* estuviera nunca jamás en el Río de la Plata, en Buenos Aires. Lo que quiere decir que el curioso artículo de G. es, en esta parte, deficiente, tilde que á cada paso tenemos que ponerles á las ojeadas retrospectivas cuando los que escriben no han sido actores ó espectadores. Aun estos mismos, afirmando muchas veces que vieron las cosas con sus propios ojos (es tan difícil ver bien), resulta que sólo vieron imaginariamente, mal, ó por decirlo así, de un modo reflejo.

Las fechas, la cronología sustentan mi afirmación de arriba, ó hablando mejor, mi negación.

Todo ello quedará en evidencia leyendo los párrafos siguientes, párrafos que completarán, no la figura de excelsa belleza, figura proverbial en Madrid; sino la página histórica del cuadro que se contiene dentro del marco *Bushental*, ya que *María* este apellido llevaba.

Yo, á Dios gracias, todavía no he tenido la tentación de dar á luz *Mis memorias íntimas*, pero de cuando en cuando he dado salida á algunas reminiscencias.

He tratado así ya de *Bushental*, en mi libro

Retratos y recuerdos (más ó menos parecidos y precisos), por manera que lo que se lea casi será como plato recalentado para uno que otro lector. Cuento para ello con la paciencia de éstos y con la indulgencia de todos, circunstancia que no siempre suelen tener en cuenta los que conversan con el público, que constantemente anhela novedad.

* * *

Mi hombre, *Bushental*, se llamaba José y tenía *don*, no porque fuera noble ni plebeyo, sino porque era uno de esos que, aunque interlopes, desde luego se ve que tienen calidad.

En la República Argentina, en los documentos oficiales, le ponían «el caballero», y sin ser barón, conde, duque ni marqués, tenía más condecoraciones que un museo de antigüedades.

Era y no era diputado, ni senador, ni ministro, ni consejero, ni coadjutor, y era todo.

¿Qué era entonces?

Estoy hablando de hace casi cuarenta años. Ahora, por suerte, ya se hila más delgado, y los hombres públicos no tienen telarañas en los ojos, y si andan derecho no viven ó viven poco, devorados por la opinión.

¿Qué era entonces, repito?

Era como si dijéramos «el alma del licenciado», un prestamista de dinero lo tuviera ó no (el Estado no lo averigua muchas veces), un prestamista de todo, un prestamista que jamás decía: no, desde que prestar (y á buen interés) no es dar.

¿De dónde venía, cuál era su patria, su religión, su idioma?

¡Misterio! Era tan difícil saberlo como averiguar sus pensamientos íntimos como cifras.

Si los madrileños fueron más linceos que sus descendientes del Río de la Plata, digo que tienen olfato de perro perdiguero.

D. José había estado en todas partes, hablaba (y escribía) todas las lenguas con un acento peculiar, con ceceo, con facilidad y con bastante corrección. Y ningún filólogo había podido descubrir, por el dejo del acento, dónde había nacido ó balbuceado las primeras palabras articuladas. Para decirlo todo de una vez, D. José era un jeroglífico, un símbolo, una sugestión, nacido, decían unos, en Trieste, otros, en el Peñón de Gibraltar.

Fué adlátere del famoso Salamanca.

Siendo yo muy joven conocí á éste aquí, en París. Recuerdo que un día, ponderando mi padre la capacidad financiera de *Bushental*, que ya hacía prodigios en el Río de la Plata, el potentado en decadencia total se encrespó y excitado su amor propio, le hizo hablar así:

—Déjeme usted con su *Bushental*, lo conozco como á mis manos; desnudos en la costa de África querría que nos soltaran al mismo tiempo á ver quién se vestía primero.

Volviendo á D. José, la primera vez que estuvo en América fué allá por 1833. Los brasileños estaban en pañales comerciales aún, de modo que aquél halló con facilidad algunos negocios de provecho y cabezas de poco vuelo con que competir.

No tardó en alcanzar, como se concibe, lo principal, crédito, mejor dicho, fama de hombre pudiente.

De ahí á completarse con una alianza, á hacer un buen casamiento, no había más que un paso. Sus atractivos externos, una presencia agradable, unos modos nobiliarios, su porte *comme il faut*, su cultura, su instinto de *savoir faire* le facilitaban el camino.

Se casó, pues, no obstante una gran diferencia en las edades, con una de las hijas de la Baronesa de Srocaba, con *Mariquita*.

Dejaré á un lado la crónica escandalosa de Río Janeiro, abultada como en todas partes por la malignidad, para apresurarme á decir que don José llegó á ser un tipo envidiable en Río Janeiro.

Conocedor eximio de las leyes de la perspectiva, sabía que para destacarse bien ante el público conviene tener alguna originalidad.

Desde luego se distinguía por su traje blanco como la nieve, empezando por el sombrero y acabando por el calzado. Y siendo perfecto observador de las formas sociales, las llevó á tal extremo, que cuando las primeras epidemias de fiebre amarilla diezaban la población de Río Janeiro, sembrando el pánico en todas las clases, á punto de que más de un padre abandonó á sus hijos atacados del tremendo mal, y más de un esposo huyó del lado de la infeliz consorte expirante, él no faltó al entierro de ninguna de las personas de su trato que el vómito negro arrebató. Día hubo en que concurrió varias veces al camposanto.

Contribuía á realzar su prestigio en la alta sociedad brasileña el ser proveedor permanente, no del Gobierno, sino de los niños; proveedor de juguetes de todos los hijos é hijas de sus conocidos ó titulados amigos. Sus regalos eran á veces inverosímiles por lo abundantes y lo ricos.

Todo esto, al parecer insignificante, lo vinculaba estrechamente (oh poder de los muñecos) á las familias. Así se hacía el ídolo de los chicos y penetraba en el corazón de las mamás, subyugando indirectamente á los maridos, cuyo hogar era sincero y entusiasta aliado de *Bushental*, que ni siquiera olvidaba á las sirvientas, fueran feas ó bonitas, jóvenes ó viejas, para las que siempre había un duro á mano deslizado gentilmente al pasar.

Háse atribuido esta originalidad de *Bushental* á móviles de refinado mercantilismo. No. Naturaleza rumbosa, amable y suave, no siempre este hombre procedía por cálculo, siendo su índole nativa agrandar y estar bien quisto con las gentes de toda condición.

El mismo procedimiento, diré usaba en el Paraná, capital provisional á la sazón de la Confederación Argentina; es decir, cuando la provincia de Buenos Aires estuvo temporalmente segregada.

Me acuerdo, como si fuese ahora, que una vez, estando yo de visita en su casa, se paseaba agitado, exclamando: ¡Caramba, y cuándo llegará mi balandra!

Y como repitiera y repitiera la exclamación, le pregunté:

—¿Qué balandra?

—¡Pero, hijo, la que me trae mis juguetes! ¡No ves que estas gentes son muy pobres y muy



PORTUGAL: ESCENAS DE LA VIDA CAMPESTRE

buenas, y que con juguetes queda uno muy bien como los Ministros!

Mas á pesar de esta destreza social, digámoslo así, en el Brasil D. José no logró nunca que don Pedro II lo tratase con la cordialidad á que aspiraba... Fué éste un Rubicón que no logró pasar.

Su empeño palaciego en estrechar relaciones con él fracasó, por más que mediaran altas influencias, tan valiosas como las de doña Isabel II.

No hay humo sin fuego.

La causa de esta frialdad persistente de parte del Emperador, venía del casamiento de D. José con Mariquita, hija de la Baronesa de Sorocaba, sobrina de la Marquesa de Santos.

Los que conozcan la crónica de la corte del primer imperio se explicarán fácilmente cómo Bushental no podía lograr nunca la buena voluntad de D. Pedro II, y como ante tamaño escollo resolviera cambiar de teatro, yendo al Río de la Plata solo. Su matrimonio era, como tantos otros, soportable á condición de no verse los cónyuges, viviendo en opuestos hemisferios si es posible.

Para que el lector se entere mejor y vea que no hay nada de antojadizo en estas referencias, necesito detenerme en algunas someras explicaciones históricas incontestables.

La Baronesa de Sorocaba había sido una de

las fantasías de D. Pedro I, y el título nobiliario que llevaba así lo atestigua á los ojos de las gentes mal intencionadas.

He aquí lo que se dice: el esposo de aquella complaciente amiga del Emperador había prestado un servicio público que se creyó deber premiar.

El Emperador lo indicó en Consejo de ministros, y uno de éstos insinuó que podía hacerse *Barón*, á lo que S. M. dijo: Está bien. Pero *barón*... ¿de qué?—Podría hacerse de Sorocaba, dijo el Ministro. —Perfectamente, agregó con cierta sonrisa picaresca D. Pedro I, comprendiendo toda la malicia de su consejero



UN CASTILLO FEUDAL EN LA EDAD MEDIA

y no queriendo darse por advertido del todo.

Esto requiere una aclaración. La región de Sorocaba debe su celebridad á lo monumental de los cuernos del ganado vacuno que allí se produce.

Pero una relación íntima, más ó menos pasajera, de D. Pedro I no era racionalmente bastante para enconar á su hijo contra todos los individuos de esta familia.

Los que no ignoren la influencia que la Marquesa de Santos tuvo en la familia imperial, se explicarán, sin embargo, fácilmente el rencor de D. Pedro II.

..*

La marquesa de Santos fué una especie de madama de Maintenon del primer reinado, ejerció un dominio tan absoluto sobre el Emperador, que no sólo le separó de la emperatriz sino que lo subyugó por completo. En San Cristóbal, cerca del palacio imperial, se levantó el palacio de la Marquesa, al que concurrían, no digo los que aspiraban á bienquitararse con el Emperador, hasta los mismos ministros y consejeros á tratar los asuntos de Estado.

La Marquesa de Santos, aunque sin pensarlo, ha llegado á tener alta influencia en los acontecimientos del Río de la Plata. D. Pedro I tenía un gran plan que debió cambiar la faz de la gue-

rra que sostenía el Brasil con la República Argentina. Ese plan consistía en atraer hacia Río Grande, por medio de una falsa retirada estratégica, todas las fuerzas organizadas argentinas hasta llevarlas cerca de la ciudad de este nombre.

Una vez conseguido esto, el ejército brasileño debería embarcarse para dar de sorpresa un golpe en Buenos Aires, entonces desguarnecido. Este plan lo quería desarrollar con todo sigilo y personalmente.

..*

Pocos días antes de su salida para el teatro de las operaciones tuvo un altercado con la emperatriz. La regia consorte era celosa, y D. Pedro I

violento, sobre todo cuando le tocaban á su favorita. En este caso llegó hasta la brutalidad. Los golpes que recibió la Emperatriz tuvieron gravísimas consecuencias para la América. Estando en cinta enfermó de gravedad, y D. Pedro I, que ya había ido á Río Grande, tuvo que regresar con precipitación á Río Janeiro, abandonando así momentáneamente la empresa en que estaba empeñado.

También la Marquesa fué causa de que el atrevido plan no se realizase.

Durante la ausencia del Emperador, los ministros, por influencia de la Emperatriz, sin duda, no continuaron dedicando preferentes atenciones á la Marquesa. Más petulante que ambiciosa, no perdonó lo que tomaba como un desaire, y sus quejas dieron lugar á que el Emperador despidiese á su ministerio, surgiendo así dificultades de política interna que lo entretuvieron en Río Janeiro. La afección de D. Pedro I por la Marquesa de Santos persistió hasta sus últimos días. Una vez muerta la Emperatriz manifestó deseos de casarse con ella, encontrando dificultades se dice que se casómorganáticamente. Hay, sin embargo, un hecho indiscutible, y es que legitimó á dos de sus hijas: á la duquesa de Goyás, que fué educada con la familia real de Portugal, y á la condesa de Yguazú. Pero volvamos á Bushental—cuyo teatro acababa de ser el de Salamanca en Madrid,—y volvamos para verlo otra vez en el Brasil, donde nada de provecho hace, coincidiendo los sucesos con la caída de Rozas, organización del gobierno del Paraná y reorganización de las finanzas orientales.

El es el eje, el gran *pivot*; alrededor suyo gira todo, lo chico y lo grande, que se traduce en una fiesta ó en un negocio de provecho, de corto ó largo aliento. El es quien da plata *macuquina* cuando falta, él quien sugiere la creación de bonos, él quien vende armas y vestuarios, y no caro ni barato, y no comprando hombres (le bastaban juguetes y algunas plantas de invernáculo), sino interesando mucho á las mujeres con sus saraos, sus comidas, sus paseos, sus cabalgatas con toda clase de fiestas suntuosas.

Su nombre está en todos los labios.

Nadie sabe cuánto tiene, ni lo que tiene, real ó postizo, si se pinta ó tiene dientes artificiales, si es ó no realmente ceceoso—porque ceceaba, como ya dije,—y muchos creen que es tonto, porque tiene siempre la boca algo abierta medio mostrando la punta de la lengua, y por más que sus grandes ojos negros, llenos de fuego, y todá su cara estén diciendo á voces: *je suis quelqu'un*. Todo el mundo cuenta algo de él; hasta cuando se quema parte de la casa de Gobierno se atribuye á un manejo de sus colaterales. Porque él ocupaba á gentes, las más extrañas, y habilitaba lo más inesperado: lo mismo que construye hoteles para sus sirvientes fieles (en Montevideo el Hotel Oriental), los monta en Buenos Aires, donde Vicent funda el Hotel de la Paz.—*Vicent, son chef cor ton bleu*.

Mezcla pueril y masculina de pequeño y de grande, se cuida del detalle ínfimo si se quiere, y tiene previsiones de transcendencia inesperadas.

Por eso toma carta de ciudadanía invocando

el art. 20 de la Constitución, en cuanto ha prestado algunos servicios á los hombres de la Confederación.

¿Para qué?

Aquí está lo preciso: para hacerse nombrar ministro diplomático cerca del Rey de Nápoles. ¡Cosas de América!

Dándome reglas de buen vivir—un día—me enseña á mí que no se debe convidar á diez personas á comer, sino á seis, ocho ó doce, por razón del envase de cada vino y tamaño de las copas, lo que, si no se tiene presente, permite que el mayordomo abra, so pretexto de una copa que falta servir, una botella más para él. Yo manejo mi bodega, me dice, como mi libro de caja, y en ella hay vinos finos y ordinarios: los finos, para empezar; los ordinarios, para concluir, como el Champagne; porque á cierta altura de la mesa ya nadie distingue. Y á González, su cajero, un español honesto y cándido, aunque entendido, le dice: Guarde las riojanitas (onzas), que son muy reproductivas, esperando un giro que llega al fin, sin la leyenda con *exclusión* de riojanas, por miles de onzas, de que entonces se deshace, con sumo provecho, por la depreciación que tenían, y por más que le quieran poner pleito.

He dicho al principio que nadie conoció su pensamiento íntimo. La reserva y la discreción eran, en efecto, sus dos grandes fuerzas. Por casualidad se supo que usaba dentadura postiza, en un paseo que hicimos con damas de coturno á la colonia Esperanza, en Santa Fe, y por casualidad también ví yo en su mesa de noche un libro con este título: «El arte de robar».

¿Fué su biblia?

No lo sé.

Sólo sé que D. José de Bushental era un hombre irresistible, y que, sin ser precisamente un corruptor, era un peligrosísimo tentador, y que en el Paraná, cuando al ministro de Hacienda le decían:—Ahí está el Sr. Bushental,—su primer movimiento era estremecerse y prepararse. D. Mariano Fraguero decía:—Este Bushental me fascina, tiene un modo de mirar que parece que me atrae como una boa constrictor. Para que no me lea en mis ojos me pongo mis gafas verdes.

Si era más de lo que he pintado, Mefistófeles lo sabrá. No puede decirse de él: *cet animal est très méchant, quand on l'attaque il se défend*. El no ataca nunca, se queja, se lamenta; su táctica es la de nuestro negro, vendedor de pasteles de marras: «llorá Biño... que no llora no mama». Jamás habló mal de nadie, ni encontró fea á una mujer, ni viejo á un hombre, sino que á todos y á todas los halló agradables y de cierta edad; no tiene secretos ni confidencias; es un arca, que recibe lo ajeno y los negocios los trata como asuntos de arte; no es avaro del dinero, y sólo comprende que es un resorte, un medio y un fin que puedé aproximar á la felicidad...

Ama á las mujeres y no puede vivir sin los hombres, es el animal más humano que en este sentido puede darse.

Jamás come solo; sólo está solo en su aposento.

No tiene moral, tiene reglas; no tiene principios, tiene modos; toda su filosofía se encierra en esta máxima de Machiavelo: «El hombre de-

be saber *simular*»; y su gramática parda es ésta: Con arte y con engaño, se vive medio año; con ingenio y con arte, se vive la otra parte.

Todavía estoy averiguando si era cristiano, mahometano, budhista, protestante, y lo único que sé es que no era con y sin retuécano *católico*... y mucho menos católico apostólico romano.

REQUIECAT IN PACE

Su fortuna, que era grande, no sé á qué manos fué á parar: fortuna que hay que liquidar para distribuirla se evapora.

* *

Estaba triste al comenzar, con el alma doblemente oprimida por este cielo gris de París, gris como plumas de halcón; la melancolía no me ha abandonado. ¿Por qué? porque me siento solo sin madre, y envejecido de improviso. Pero unas cuantas horas de este ejercicio de plumista me han distraído, haciéndome olvidar lo tanto amado... dulce olvido que así calma las angustias.

LUCIO V. MANSILLA.

París.

LAS ECHADORAS DE CARTAS

*Dame la mano, salso,
te iré la buenaventura.*

(LA GITANILLA.)

INDUDABLEMENTE hemos heredado del ángel rebelde la soberbia que le perdió, y á eso de convertir el transcurso de nuestra existencia en un eterno presente, borrando el recuerdo del pasado y procurando, sobre todo, conocer el porvenir, somos aficionadosísimos como no me dejarían mentir si pudieran cuantos tachados de brujos y hechiceros murieron hechos tostones en las parrillas de la Inquisición; todo ese enjambre de gitanas que caído el rodete sobre el broncado cuello, llena la falda de girones y volantes, sosteniendo á su *churumbel*, como pudieran llevar un cántaro de agua, encuentran un *resalao* en cada ciudadano á quien, según ellas, se saben de memoria, y por último, esa colección de echadoras de cartas que nos han salido para sacarnos de nuestra curiosidad en todo aquello que nos preocupe, con tanta insistencia, que por saberlo no tengamos inconveniente en soltar unas cuantas pesetas.

Desde el marqués de Villena, con sus retortas y secretos para fabricar espejos y diamantes, hasta la moderna echadora de cartas que se atribuye el título de doctora, y que no obstante sus continuas expediciones por los tejados en la noche de los sábados para asistir puntualmente al aquelarre misterioso, alumbrado sólo por la fosforescencia de los redondos ojos de los buhos, no supieron conquistar las célebres brujas que gozaban por todo medio de locomoción de los palos de las escobas, por todo alimento el aceite que chupaban de las lámparas de las iglesias y de las lamparillas que en algunas casas montadas á la antigua, encienden á las ánimas, el número de personas que han sabido y saben al dedillo nuestros destinos, es verdaderamente pasmoso.

A los supuestos hechiceros que el obscurantis-